

641-642 OPUSCULO TRIGÉSIMO SÉPTIMO. SOBRE VARIAS CUESTIONES SAGRADAS, UNIDO A OTRO TRATADO DEL MISMO TEMA QUE SIGUE AL ANTERIOR.

ARGUMENTO.

Discute ciertas cuestiones propuestas por Alberico, un cardenal de la S. R. E. y monje de Montecasino: luego, aprovechando la ocasión, aclara algunos pasajes oscuros en las Sagradas Escrituras y sus intérpretes.

A ALBERICO, venerable hermano, PEDRO, pecador y monje, salud en el Señor.

La antigua historia narra que cuando los hijos de José, a saber, Efraín y Manasés, exigían más amplios espacios de posesión, recibieron esta respuesta, por orden de Josué, de que subieran a las montañas (Jos. XVII), cortaran la densa espesura de los bosques, y así procuraran para sí mismos espacios más amplios con sus propias manos. También poco después dice a las siete tribus: «¿Hasta cuándo os quedaréis inactivos y no entraréis a poseer la tierra que el Señor Dios de vuestros padres os ha dado? (Jos. XVIII).» Tú también, hermano, mientras me planteas ciertas cuestiones y exiges que se te resuelvan, pronto serás enviado a las montañas de los doctores y a los bosques de las Escrituras, donde, sudando con continuo trabajo, cortes los arbustos silvestres del bosque, arranques los nudos y troncos de las dudas, y cultives para ti mismo, como con manos de tu propia investigación, nuevos campos.

Así, pues, la tierra del celestial discurso debe ser cultivada con los azadones de la propia sutileza, para que no esperes con hambre los alimentos de manos ajenas, sino que, transportando con tu propio esfuerzo la abundancia de una cosecha fértil, vivas deleitosamente en la abundancia de las delicias espirituales; mientras tanto, sin embargo, mientras te faltan tus frutos, que lo nuestro te socorra, no diré con un granero, ni siquiera con una tinaja, sino al menos con la medida de un pequeño recipiente, y que al menos de alguna manera tu escasez se mitigue con nuestras pequeñas cosechas. Hay algo intermedio entre vivir espléndidamente y perecer completamente por la falta de alimento. ¿Quieres, pues, que no solo explique lo que preguntas, sino que también lo ponga por escrito; para que así perezca la ignorancia, de modo que en adelante no se infiltre el olvido?

[SOBRE VARIAS CUESTIONES SAGRADAS.]

CUESTIÓN I.

Adelante, pues. Preguntas qué significa lo que se dice: «Saúl tenía un año de edad cuando comenzó a reinar; y reinó dos años sobre Israel» (I Sam. XIII). Algunos piensan que esto se entiende así: que al comienzo del reinado de Saúl, su hijo tenía un año, quien aún lloraba en la tierna infancia, a saber, Isboset, y este reinó dos años sobre Israel después de la muerte de su padre. Pero como este sentido es rechazado por hombres más doctos, busquemos también otro: que así enseña a entenderlo San Jerónimo, porque era tan inocente como un niño de un año cuando comenzó a reinar, y permaneció dos años en la simplicidad de esa misma inocencia. Pero quien entonces era hijo por humildad, más tarde por soberbia se convirtió en siervo.

DUDAS II.

También preguntas quiénes eran los Cereteos y Peleteos, que se dice que eran guerreros de David (I Sam. XXX; II Sam. VIII). Se lee en el libro de los Números que el Señor dijo a

Moisés: «Reúne para mí setenta hombres de los ancianos de Israel, que tú sabes que son ancianos del pueblo y maestros; y los llevarás a la puerta del tabernáculo del pacto, y los harás estar allí contigo, y tomaré del espíritu que está en ti, y lo pondré en ellos, para que lleven contigo la carga del pueblo, y no tú solo te sientas agobiado» (Num. XI; II Crón. XVIII). De esta estirpe, pues, surgieron dos familias, una de las cuales se llamaba Cereteos, y la otra Peleteos. Y Cereteos, en efecto, significa dando juicio; Peleteos, castigando: para que aquellos a quienes los primeros condenaban a muerte, promulgando la sentencia, los segundos castigaran infligiendo el castigo.

DUDAS III.

Añades también: ¿Por qué se dice que los hijos de David eran sacerdotes, si no se sabe que tuvieran parentesco con los hijos de Aarón, salvo como las demás tribus? Pero hay que saber que, cuando los sacerdotes son constituidos venerables y maestros en el pueblo, a veces los príncipes o doctores son designados con el nombre de sacerdotes. Como se encuentra en otro lugar: Irajartes era sacerdote de David, es decir, maestro; así también cuando se dice: «Los hijos de David eran sacerdotes» (II Sam. VIII), debe entenderse como si dijera que eran maestros de sus hermanos, o ciertamente príncipes entre los demás, como tiene la antigua traducción. Pues donde la nueva edición dice: «los hijos de David eran sacerdotes,» en la antigua se lee: «los hijos de David eran príncipes de la corte real.»

DUDAS IV.

Además, dices que no entiendes lo que está escrito: «También hubo una tercera guerra en Gob contra los filisteos, en la que Adeodato, hijo de Salto, el polimitario de Belén, mató a Goliat de Gat» (II Sam. XXI). Esto, sin duda, es fácil de entender. Pues Gob se interpreta como lago. Y así como está en peligro quien es arrojado al lago de los leones, así David se entregó a los dientes del león, cuando se sumergió en la furia de Goliat para luchar. El mismo David es llamado Adeodato con razón, porque fue elegido por Dios para el reino. También se le llama hijo de Salto, porque se reconoce que fue sacado de los pastos de los saltos, donde apacentaba ovejas. No sin razón el mismo David es llamado polimitario, porque su madre era del linaje de Beseleel, quien construyó el tabernáculo del pacto en el desierto, en el cual también tejió algunas cosas con obra polimitaria. Tampoco es incongruente que se le llame belenita, porque desciende de Noemí, y de Belén fueron en tiempo de hambre, y a la misma Belén fueron llevadas de nuevo cuando la abundancia floreció después. Pero que Adeodato con todos estos adjetivos sea sin duda David, lo declaran los siguientes, donde se dice: «Estos cuatro nacieron de Arapha en Gat, y cayeron en manos de David y de sus siervos» (II Sam. XXI). Ciertamente, lo que también se significa místicamente por estas cosas, lo expondría, si no fuera evidente que la brevedad epistolar me lo prohibiera. Según el entendimiento místico, todas estas cosas se refieren a Cristo. Él es, en efecto, Adeodato, de quien también se dice por Isaías: «Un niño nos ha nacido, un hijo nos ha sido dado» (Is. IX). Quien no incongruentemente se llama hijo de Salto, porque se dignó nacer de los judíos según la carne, quienes, al no haber traído ningún fruto de germen espiritual, como árboles silvestres no plantados en un huerto, sino nacidos en un salto, resultaron estériles. De donde se lee, «Voz del que clama en el desierto» (Is. XL), esto es, en el infructuoso pueblo de los judíos.

También con razón se llama polimitario a nuestro Redentor, porque como si se dedicara al estudio de la obra de un tejedor, se viste a sí mismo con sus fieles, y de ellos teje vestiduras de justicia. De sus vestiduras se dice por el Apóstol: «Para presentarse a sí mismo una Iglesia gloriosa, que no tuviera mancha ni arruga» (Ef. V). Y por el Profeta: «Con todos estos te vestirás como con un ornamento» (Is. XLIX). De los fieles de Cristo canta el salmista: «Tus

sacerdotes se vistan de justicia.» Y por Ezequiel el Señor reprocha al alma que adornó decentemente con vestiduras espirituales, pero que ella misma, contaminada con las inmundicias de la fornicación, lo abandonó: «Te vestí, dice, con colores diversos, y te calcé con jacinto, y te ceñí con lino, y te vestí con telas finas, y te adorné con ornamento;» y poco después: «Y fuiste vestida de lino, y de polimito, y de muchos colores» (Ez. XVI). ¿Qué, pues, es de extrañar si nuestro Redentor es llamado Polimitario, quien viste con el adorno de la virtud a un alma, que adquiere por derecho esponsal? Él es, en efecto, la sabiduría de Dios, de la cual se dice por Salomón: «Porque buscó lana y lino, y trabajó con las manos de su consejo» (Prov. XXXI). Cuyos dedos tomaron el huso, cuyos domésticos están todos vestidos de dobles; cuya carne también se hizo vestidura de estrado en la pasión. Pero el mismo lino y la púrpura real son su vestidura en la resurrección. Quien también con razón se llama belenita, porque se reconoce que nació en Belén de la Virgen. Pero lo que se dice que fue la tercera guerra en Gob, esto se entiende porque el verdadero David, Salvador de Israel, antes de la ley, y bajo la ley, y después en la gracia evangélica, siempre tuvo fieles guerreros, por los cuales luchó contra los filisteos, es decir, contra los espíritus malignos. Por lo tanto, David vino a esta tercera guerra en Gob, que se interpreta como lago, porque nuestro Redentor, cuando vino más fuerte que el hombre fuerte armado (Luc. XI), él mismo descendió incluso hasta los infiernos. De donde dice por el salmista: «Me pusieron en el lago inferior, en tinieblas, y en sombra de muerte» (Sal. LXXXVII). Allí hirió a Goliat de Gat, porque cuando arrebató las almas de los elegidos de las prisiones del infierno, hirió con una herida mortal al antiguo enemigo, que ejercía tiranía sobre ellos.

DUDAS V.

También preguntas por qué en las Sagradas Escrituras hay esta diversidad, de modo que en el libro de los Reyes se lea que David redimió la era de Ornán el jebuseo (II Sam. XXIV), junto con los bueyes que iban a ser ofrecidos en holocausto, por solo cincuenta siclos de plata; mientras que en las Crónicas se narra que dio por la sola era seiscientos siclos de oro (II Crón. III). Pero sin duda hay que saber que en el libro de los Reyes se lee que David compró solo los bueyes por cincuenta siclos de plata; cuánto pagó por la era, allí no se menciona en absoluto. El libro de las Crónicas, por el contrario, guarda silencio sobre los bueyes, pero afirma que la era fue comprada por seiscientos siclos de oro. Lo cual se percibe fácilmente, si en ambos libros se atiende diligentemente al orden de las palabras. Pues en el libro de los Reyes este es el orden de las palabras: «Compró, pues, David la era, y los bueyes por cincuenta siclos de plata» (Ibid.). Donde debe distinguirse así, que primero la Escritura dice: Compró David la era, sin expresar cuánto; luego sigue, y los bueyes por cincuenta siclos de plata. En el libro de las Crónicas se lee así: «Dio, pues, David a Ornán por el lugar seiscientos siclos de oro de justo peso, y edificó allí un altar al Señor» (I Crón. XXI). Así, pues, cada Escritura se dividió a sí misma, de modo que aquella cuenta el precio de los bueyes, y esta solo el de la era. Las cosas, pues, a las que se les asigna una medida de precio, difieren; pero las santas Escrituras no se contradicen entre sí.

645 DUDAS VI.

Además, consideraste que debía consultarse lo que se lee: «Hubo allí una batalla dispersa sobre la faz de toda la tierra, y muchos más fueron los que el bosque consumió del pueblo, que los que devoró la espada» (II Sam. XVIII). De esta sentencia en el libro de las Cuestiones Hebraicas estas son las palabras de San Jerónimo: «Este bosque, dice, que se lee que consumió a más que los que devoró la espada, los hebreos afirman que eran bestias feroces que estaban en el bosque, por las cuales más fueron consumidos que devorados por la espada.» Pero este, como se dice, fue el entendimiento de los hebreos; a nosotros, sin

embargo, nos parece que algunos insensatos y frenéticos, que se habían rebelado con Absalón, cegados por el abandono de Dios, tropezaban con los arbustos que se les presentaban; y por eso se dice que más cayeron consumidos por el bosque, que los que fueron devorados por la espada que los trucidaba. Que esto debe entenderse así no se duda, si se atiende la misma secuencia del estilo, aunque sea superficialmente. Pues después de que se dice: «Muchos más fueron los que el bosque consumió del pueblo, que los que devoró la espada en aquel día;» inmediatamente añade: «Sucedió, pues, que Absalón se encontró con los siervos de David montado en un mulo: y cuando el mulo entró bajo una espesa y grande encina, su cabeza quedó atrapada en la encina; y, suspendido entre el cielo y la tierra, el mulo en que iba pasó de largo» (II Sam. XVIII).

DUDAS VII.

Además, preguntas qué fue del arca del Señor y del tabernáculo del pacto, que fueron fabricados en el desierto. Así como de esta cosa casi nada perjudica la ignorancia, así apenas se prueba que el conocimiento confiere alguna utilidad: sin embargo, como la autoridad de las Escrituras lo transmite, en el monte Abarim, donde se reconoce que Moisés fue sepultado (Deut. XXXIV), el tabernáculo junto con el arca, y también el altar del incienso, se encuentra que fueron escondidos por las manos del profeta Jeremías. Lo cual se declara con evidencia si se atiende diligentemente el comienzo del segundo libro de los Macabeos: «Estaba, dice, en la misma escritura, cómo el profeta, por respuesta divina hecha a él, ordenó que el tabernáculo y el arca lo acompañaran, hasta que salió al monte al que Moisés subió y vio la gloria de Dios, y llegando allí Jeremías encontró el lugar de la cueva, e introdujo allí el tabernáculo y el arca, y el altar del incienso, y cerró la entrada» (II Mac. II). Estas tres cosas sagradas, pues, como se ha dicho, Jeremías las escondió en el mencionado monte Abarim. Si algo más se hizo con ellas después, o ciertamente si permanecieron intactas, como la Escritura no lo menciona en ninguna parte, nuestra curiosidad tampoco debe atreverse a indagar.

DUDAS VIII.

También lo de Isaías, que pides que se te explique: «Por el pecado de mi pueblo lo herí, y dará al impío por sepultura, y al rico por su muerte» (Is. LIII), como nos parece, es así. El Padre omnipotente hirió al Hijo por los pecados de su pueblo, porque lo destinó a sufrir el patíbulo de la cruz para borrar nuestros pecados. Pues el Hijo fue entregado por el Padre para que el siervo fuera absuelto; como el Apóstol: «El que no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros» (Rom. VIII). Para esto el inocente fue herido con golpes, para que el pecador se regocije sanado de la lividez de sus heridas. Como se dice por el mismo Isaías: «Él fue herido por nuestras iniquidades, molido por nuestros pecados, por su llaga fuimos sanados» (Is. LIII). Pero nuestro Redentor se dignó sufrir por dos pueblos, a saber, el gentil y el judío, de los cuales uno era impío, el otro con razón se decía rico. Y el pueblo gentil era impío, porque sirviendo a los ídolos ignoraba la piedad del culto divino. Esta piedad en griego se dice, θεοσέβεια; el pueblo judío, en cambio, era rico; porque, mientras guardaba los sábados, la circuncisión, las neomenias, y todas las ceremonias de la ley divina, abundaba como con copiosas riquezas del tesoro celestial. Con estas riquezas abundar a los corintios ya convertidos se regocijaba Pablo, cuando decía: «Doy gracias a mi Dios siempre por vosotros en la gracia de Dios que os fue dada en Cristo Jesús; porque en todo fuisteis enriquecidos en él, en toda palabra, y en toda ciencia, de modo que no os falta en ningún don» (I Cor. I). Por la muerte que nuestro Salvador asumió, devolvió al Padre dos pueblos resucitados de la muerte, a saber, el gentil, que antes servía impíamente a los demonios, y el

judío, que, aunque retenía la letra que mata, y desconocía el espíritu que vivifica, poseía sin embargo las riquezas de la ley divina.

DUDAS IX.

Finalmente, lo que preguntas de la profecía de Jeremías: «De la boca del Altísimo no salen ni bienes ni males» (Lam. III; Apoc. V); es una cuestión famosa en casi toda la Iglesia. Pues es preguntada por muchos, y corre célebre por las bocas de muchos. Pero, concediéndolo aquel que abre el libro y desata sus sellos, esta cuestión se resuelve fácilmente, si no se presume de nosotros, sino de él con confianza. El Padre omnipotente, tanto entregó al Hijo inocente en manos de los impíos, como no se apartó del camino recto de la justicia; porque dispuso que la justicia floreciera de donde permitió que él temporalmente estuviera sujeto a la injusticia. Como se lee en el libro de la Sabiduría: «Siendo justo, ordenas todas las cosas con justicia» (Sab. XII): también condenas al que no debe ser castigado. El Padre, pues, permitió que el Hijo sufriera la muerte, sin embargo, no mandó a los que lo mataron que lo hicieran; de lo contrario, habrían sido inculpables al atribuir el ministerio de la impiedad al autor de la piedad.

Dios, pues, dio poder a los perseguidores de Cristo, pero no les mandó que lo mataran. De donde el profeta dice antes: «Para pervertir al hombre en su juicio, el Señor no lo conoció» (Lam. III). Pues el Señor pervertiría al hombre en su juicio, si mandara condenar al inocente. Pero una cosa es condenar, otra no librar del castigo de la condena; una cosa es empujar a los furiosos a intentos sacrílegos, otra no refrenar la locura del furor recibido. 647 De donde se añade no ignorando, sino reprobando: «¿Quién es este que dijo que se hiciera, no mandándolo el Señor? (Ibid.)» Dice no mandándolo el Señor, pero no prohibiéndolo. Dios, pues, no mandó a los perseguidores que crucificaran a nuestro Salvador, porque no encontró en él nada que mereciera ser castigado. Sin embargo, no prohibió que fuera crucificado, porque, destinado a sufrir por la salvación del mundo, de ninguna manera lo libró de las manos de los impíos. De donde bien se añade: «De la boca del Altísimo no salen ni bienes ni males» (Ibid.). Pues saldrían bienes si lo librara del castigo que se le infligía; y males, si encontrara crimen en él que debía ser condenado a suplicio. En la pasión de Cristo, pues, de la boca del Altísimo no salen ni bienes ni males, porque el Padre no lo libra del poder, ni lo condena por la equidad de la ley; porque aunque no encuentra pecador, por la salvación del mundo no libra al inocente puesto en la pasión. No ve pecados a los que esté sujeto, sin embargo, no lo devuelve absuelto de las manos de los impíos, para que mientras el inocente sufre el castigo, el pecador vuelva al perdón. Y mientras uno, que no debe, paga las deudas de todos, todos, que estaban sujetos al gravamen del antiguo documento de la cautela original, sean devueltos absueltos por las leyes del documento rescindido.

DUDAS X.

En esto también, que tú no preguntas, yo he dudado muchas veces, por qué David perdonó clementemente a Joab y a Semei, a quienes estaba enojado mientras vivía; pero muriendo mandó a Salomón, que le sucedía en el cetro real, que fueran eliminados. «Tú, dice, sabes lo que me hizo Joab hijo de Sarvia, lo que hizo a dos príncipes del ejército de Israel, a Abner hijo de Ner, y a Amasá hijo de Jeter, a quienes mató, y derramó sangre de guerra en paz.» Y poco después añadió: «Harás, pues, según tu sabiduría, y no harás descender en paz sus canas al sepulcro» (I Re. II). De Semei también dice así: «Tienes también a Semei contigo, hijo de Gera hijo de Geminí de Bahurim, que me maldijo con una maldición terrible, cuando iba al campamento;» luego, después de interponer algunas cosas, añadió: «Y harás descender sus canas con sangre al sepulcro» (Ibid.). ¿Qué es, pues, que David los condena muriendo a

quienes perdonó viviendo, cuando ciertamente el orden de la razón exige que en los rebeldes o en cualquier enemigo ejerciera la sentencia de venganza viviendo, pero muriendo les perdonara misericordiosamente?

Sed es necesario saber que el reino de David, quien fue desgastado por tantas persecuciones y sufrimientos, afligido con sus compañeros por tantas adversidades y privaciones, representa este mundo presente, en el cual Cristo es afligido con sus miembros, y la Iglesia es desgarrada por muchas tribulaciones. El reino de Salomón, quien superó con riquezas y gloria todos los derechos de las dignidades reales, y sobrepasó todas las cumbres del imperio principal, anuncia la gloria de la vida futura, en la cual Cristo, verdaderamente pacífico, disfruta eternamente de la tranquilidad con los suyos, y se deleita solemnemente en los banquetes del banquete celestial.

Por lo tanto, nuestro único y mismo Redentor es ahora David, y entonces será Salomón; porque ahora, como un hombre fuerte, no cesa de luchar contra el diablo a través de sus miembros: y entonces, cuando toda controversia de carne y espíritu haya cesado por completo, reinará con su cuerpo, que es la Iglesia, como verdaderamente pacífico, en eterna tranquilidad. Ahora, en sus elegidos, es oprimido como David por los haces de calamidades, es presionado por las persecuciones y diversas adversidades, es desgastado por tribulaciones y sufrimientos; posteriormente, como Salomón, poseerá la abundante riqueza de las inmortales riquezas. Ahora David, huyendo de Absalón, deja diez concubinas en la casa (II Sam. XV), a quienes Absalón deshonor torpemente por incesto; porque nuestro Redentor, al ser expulsado de la ciudad judía hacia el desierto de los gentiles, deja en la casa de la ley a los judíos, que no caminan virilmente, sino que viven en una conversación femenina. Estos, sin duda, son figurados por las diez concubinas, quienes, mientras guardan débilmente los diez mandamientos de la ley, no merecen ascender al lecho del matrimonio casto; sino que, sin adherirse al anillo de la fe, obtienen por matrimonio una concubinato. Absalón las deshonor lujuriosamente, porque el espíritu maligno corrompe las almas reprobadas de los impíos como si las prostituyera. De las cuales está escrito: «Porque David no volvió a ellas, sino que vivieron encerradas hasta el día de su muerte, viviendo en viudez (II Sam. XX).» Porque perdieron al esposo, de quien se dice por Isaías: «Porque siete mujeres tomarán a un solo hombre (Isa. IV),» de las cuales también se dice por Salomón: «Porque setecientas son las reinas.» Tomaron, pues, siete, que perdieron diez. La Iglesia santa, llena del don septiforme del Espíritu, se ha unido a sí misma al esposo celestial. La sinagoga, que había recibido los mandamientos del Decálogo, perdió a este esposo y permaneció viuda, porque, mientras permanecía inmóvil en la casa del rito acostumbrado y de las ceremonias legales, despreció salir con el rey David al desierto de los gentiles.

David, por lo tanto, viviendo, tolera a aquellos que al final condena, porque Cristo, el Juez del género humano, a quien él representaba, ahora les perdona misericordiosamente, a quienes al final del mundo les inflige la sentencia de justa condenación. David, por lo tanto, prefiere la misericordia; Salomón indica la justicia. Porque nuestro único y mismo Redentor, ahora como David, tolera con ecuanimidad las depravaciones de los reprobados, y posteriormente, como Salomón, viniendo en su gloria, los mata como con la espada de su juicio. Esta alternancia del examen divino se encuentra frecuentemente en los mismos discursos de David, como aquel: «Cantaré misericordia y juicio a ti, Señor (Sal. C).» Y: «Dios ama la misericordia y la verdad (Sal. LXXXIII). La misericordia y la verdad se encontraron (Sal. LXXXIV).» Así, mientras la misericordia se antepone a la verdad, como David a Salomón, para que aquellos que David sostiene piadosamente por misericordia, Salomón los condene justamente por juicio. Y es de notar que por Joab, quien perpetró

homicidio con sus manos, se designan aquellos que hacen el mal: por Semei, quien solo maldijo al rey, se figuran aquellos que hablan mal. Porque tanto los que actúan malvadamente, como aquellos que insisten en discursos reprobables y falsos, sin duda serán condenados en el examen de la discusión final, como dice el mismo: «Odiás a todos los que hacen iniquidad; destruirás a los que hablan mentira (Sal. I).» Pero para que no excedamos ya el umbral del compendio epistolar, imponemos silencio al cálamo, no sea que también nosotros seamos reprendidos como indóciles, mientras intentamos enseñarte cuestiones.

ARGUMENTACIÓN OTRA SOBRE VARIAS CUESTIONES SAGRADAS.

ARGUMENTO.

El argumento de esta argumentación es casi el mismo que el anterior: el bienaventurado Pedro Damiano resuelve dos cuestiones más, solicitadas por el mismo Alberico.

ALBERICO, hermano queridísimo, PEDRO, pecador monje, salud.

[ARGUMENTACIÓN OTRA.]

DUDAS I.

Dices que dudas, amadísimo, por qué no solo las Escrituras del Antiguo Testamento, sino también muchos doctores de la Iglesia, afirman que el hombre se forma en el útero materno en diez meses, y no admiten que nazca dentro del espacio de nueve meses. De lo cual, para no extendernos demasiado, basta con que pongamos un solo ejemplo. Dice Salomón en el libro de la Sabiduría: «Soy también un hombre mortal como todos, y de la raza terrena de aquel que fue hecho primero, en el vientre de mi madre fui formado carne; en el tiempo de diez meses fui coagulado en sangre de la semilla del hombre y del deleite del sueño conveniente, y al nacer recibí el aire común (Sab. VII);» cuando tanto el bienaventurado Juan Bautista, como el mismo autor e institutor de la naturaleza, Cristo, nacieron dentro del curso de nueve meses, sin tocar siquiera el más mínimo átomo del décimo mes. Porque Juan fue concebido, como está escrito, el 24 de septiembre, y nació el 24 de junio. Nuestro Salvador fue concebido en el útero virginal el 25 de marzo, y nació para la salvación del mundo el 25 de diciembre. En ambas concepciones y nacimientos, del siervo y del Señor, se encuentran cumplidos nueve meses, de modo que no parece que el décimo mes haya comenzado en absoluto; aunque si se considera cuidadosamente el tiempo de ambos, se encuentra que el Señor permaneció dos días más en las entrañas maternas que Juan. Entonces, dado que la mayoría de los hombres nacen sin ninguna duda dentro del curso de nueve meses; ¿por qué se dice que se coagulan en el útero durante diez meses por los doctores?

Pero en cuanto se nos da a entender, los meses entre los antiguos se calculaban solo con un número de treinta días; esta regla que ahora se mantiene, de que algunos meses contienen treinta días, otros treinta y uno, descende de la institución de aquel Rómulo, quien fundó la ciudad romana. Rómulo, siendo de ingenio agudo pero rústico, al ordenar el estado del imperio nuevo y comenzado, establecía el inicio de cada mes en el día en que veía el nacimiento de la nueva luna; de modo que el día que la nueva luna brillaba por primera vez, constituía las Calendas. Pero como la luna suele verse a veces más tarde, a veces más temprano, sucedió que cuando aparecía más tarde, el mes anterior tenía más días, y cuando aparecía más temprano, menos días. De ahí que algunos meses tuvieran treinta y un días, y otros solo treinta. Esta regla, que suponemos, se mantiene ahora en el cálculo de los meses entre nosotros, por la institución de aquel.

Pero como nos parece que los santos antiguos no siguieron esta regla de un hombre gentil, asignaban solo treinta días a cada mes. Por lo tanto, basta con que insertemos el ejemplo de un doctor. El bienaventurado Agustín habla (lib. IV De Trinit., cap. 5; y lib. LXXXIII Quaest., quaest. 56): «Cuarenta y seis años se ha edificado este templo, y tú en tres días lo reedificas? (Juan II).» Este número, si se multiplica por seis, completa todo el tiempo que el Señor permaneció en el útero de su madre. Porque cuarenta y seis veces seis son doscientos setenta y seis días, que completan el número de días de nueve meses y seis días; que se imputan a las mujeres que dan a luz como diez meses. En estas palabras se muestra indudablemente que solo se asignan treinta días a cada mes. Treinta, si se multiplican por nueve, son doscientos setenta. En doscientos setenta se encuentra el número de treinta nueve veces, que según el testimonio de este bienaventurado doctor, son nueve meses; y los cinco días restantes se toman como el décimo mes. Entonces, dado que entre nosotros hay siete meses, cada uno de los cuales tiene treinta y un días, algunos días sobaban de los nueve meses entre los antiguos; que, poniendo una parte por el todo, computaban como el décimo mes. Entonces, cuando los meses eran menores en cantidad, se decían más en la enumeración; de modo que lo que ahora decimos nueve, entonces, poniendo una parte por el todo, se decía diez. Esta solución te basta por ahora sobre la cuestión propuesta, hasta que te sea posible escuchar una mejor de los sabios.

DUDAS II. Sobre el día de la pasión y resurrección de Cristo.

También dudas sobre la pasión y resurrección del Señor, que este año ocurren exactamente como cuando el Señor fue crucificado. Preguntas si esto sucede rara o frecuentemente. Algunos dicen que nunca lo han visto, otros afirman que ha sucedido a menudo en su vida; pero tú, que te esfuerzas por ser discípulo de la verdad, temes dar fe a tanta variedad, no sea que caigas en el error de opiniones contradictorias.

Pero debes saber que, en cuanto podemos recoger de la tradición de los escritores anteriores, este artículo de la pasión del Señor, desde el tiempo en que el Señor fue colgado en la cruz, nunca ha ocurrido de nuevo de esta manera, excepto una vez, y ahora se repite por segunda vez. Después de la pasión del Señor, en el año quinientos treinta y tres, la solemnidad pascual ocurrió en el mismo mes, día, luna, y con el mismo concurrente, que es el primero quinto, que en el primer año de la nueva resurrección del Señor; y este año ocurre de manera similar, de modo que todo coincide. Así como entonces, cuando el Señor sufrió, el mes era marzo, el día era el octavo desde las Calendas de abril, era viernes, y la luna era la decimocuarta; así ocurrió en todo en el año quinientos treinta y tres después, y este año, que es el mil sesenta y cinco, ocurre de manera similar. Cuatro hombres eruditos, Hipólito, Eusebio, Teófilo y Próspero, compusieron el curso pascual: después de ellos, Victorio, de nación aquitana, un calculador muy escrupuloso, a petición del santo Hilario, obispo de la ciudad de Roma, lo restauró diligentemente, y compuso el mismo curso con una investigación bastante cautelosa.

La serie de años se extendió hasta el año quinientos treinta y dos: de modo que en el año quinientos treinta y tres, la solemnidad pascual comienza, en el mismo mes, día, feria, y luna, y con el mismo concurrente, que en el primer año de la pasión y resurrección del Señor había brillado. Este año, en el que ahora vivimos, vemos que la pasión del Señor, que se celebrará al día siguiente, regresa a ese mismo orden. Entonces, mientras este año renueva ese primer orden de la pasión y resurrección del Señor, sin duda, concuerda con el cálculo de Victorio que mencionamos. Mientras tanto, mientras la cuestión pueda ser discutida más claramente, querido hermano, ambos estemos contentos con esta solución.

Sin embargo, no quiero que ignores que, después de que se celebre esta presente solemnidad pascual, en el año noventa y cinco vendrá de manera similar la Pascua, con todos estos coincidiendo, a saber, el mes, el día, la feria, y la luna, y el quinto concurrente, que sin embargo es bisiesto, y la epacta, y el verso del ciclo de diecinueve años. Después del quinto concurrente bisiesto, en el año doscientos cuarenta y siete, de manera similar vendrá la solemnidad pascual; y posteriormente ocurrirá tres veces que la Pascua suceda de manera similar cada noventa y cinco años, con todos estos coincidiendo, como se ha dicho. Pero en este quinto concurrente, que es ahora, nunca ha ocurrido la festividad pascual, desde la misma primera pasión del Señor, excepto solo aquella que Victorio estableció, y ahora se repite por segunda vez, y nunca más vendrá, para que todo eso coincida, es decir, el mes, el día, la feria, y la luna, la epacta, y el mismo verso del ciclo de diecinueve años, excepto de manera similar en el año quinientos treinta y tres. Pero como este mundo ya está por cerrarse con su fin, es superfluo extender los volúmenes de los siglos a través de las efemérides de un cálculo largo.

Bendito sea el nombre del Señor.